

**La mujer en el poso**  
**Por Rocío Pestana Segovia (Zwirner)**



¿Por qué quieres escribir tu testimonio y hacerlo público? ¡Es ridículo! ¿A quién le interesa? En tu vida han pasado muchas cosas, guárdalas para ti. ¿Para qué involucrar a la familia y conocidos en algo tan personal...?

Me fueron dichas muchas más cosas en contra de esta decisión, ante las cuales, sólo hay una posible respuesta: Un testimonio de salvación es más que un simple hablar de uno mismo por el afán de sobresalir en algo; es un sencillo acto de obediencia a Dios; es la respuesta al mandato de Nuestro Señor Jesucristo de: Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado..." (Mateo 28:19-20)

Dios es el que llama. Es el que manda y nosotros somos esa pequeña parte, ese miserable instrumento que Él puede usar (I Cor. 1:25-31) para la gloria de Su

Nombre y Su santo propósito. Es en obediencia a Él que he decidido escribir y publicar parte de lo que ha sido mi búsqueda de Cristo, desde mi niñez, hasta el encuentro con Él y el resultado de su rescate y gracia salvadora.

## **Mis Primeros Años**

Soy española, nacida en Madrid. Mis queridos padres, Antonio Pestaña y Carmen Segovia, tuvieron una numerosa familia, cuatro hijos y cuatro hijas de los cuales yo fui la última, “la niña del mimo”, como solían decir.

Nuestra familia estaba profundamente arraigada en la iglesia Católica Romana. Una hermana de mi madre, María Josefa Segovia, fue la co-fundadora de una orden religiosa secular llamada “Institución Teresiana”, dedicada a la educación.

A la edad de dos años, junto con mis hermanas mayores, nos separaron de la familia, llevándonos en régimen de internado a una de las casas donde estas religiosas teresianas se congregaban y trabajaban de maestras en el “Grupo Escolar Padre Poveda” escuela pública dirigida por ellas. Allí estuve desde los dos a los siete años, estudiando parte de la primaria. En esta casa había una capilla con su altar y sagrario. Allí empecé a conocer y practicar lo que la religión Católica enseña. Ibamos a nuestra casa los fines de semana, y algunas veces, mis padres o hermanos nos visitaban.

Hice la primera confesión ante un sacerdote, a los cinco años, y me prepararon para la Primera Comunión a los seis. A esta edad ya sabía leer y escribir y tuve que memorizar el catecismo católico de Astete para poder disfrutar del privilegio de la Comunión. Recuerdo perfectamente con cuánta ilusión me preparé para este evento creyendo firmemente que Jesús estaba en la hostia consagrada y que iba a venir a mi corazón.

Debo agradecer siempre al Señor, que me diera una conciencia bien delicada y sensitiva para todo lo relacionado con Él. Desde mi más tierna infancia Jesús era el motivo de mis sueños, aspiraciones y deseos. Era mi Amigo íntimo.

Fui aprendiendo y asimilando acerca de Dios, de la Trinidad, de Jesucristo, de la Virgen y los santos, a través de las Teresianas y mi familia. Conocía muchas vidas de santos y mártires, las biografías muchos de ellos, historias de la Iglesia primitiva según el catolicismo, vidas ejemplares de todos los tiempos y por supuesto, muchas historias acerca de los personajes de la Biblia.

Me entusiasmaba con todos ellos y quería imitarlos. Sinceramente quería agradar a Dios y dedicarle mi vida. Con fervor, trataba de cumplir con todas las ordenanzas de la iglesia: Misa diaria, confesión, comunión, ayunos, limosnas, oraciones por los difuntos en el purgatorio, aplicación de indulgencias y muchos más, etc. Rezábamos el rosario en familia o en el colegio. Tenía ratos de oración privada y siempre que podía, trataba de ayudar en la sacristía de la capilla, para tener más oportunidad de estar cerca de las cosas del Señor.

Al cumplir los siete años, nos llevaron a un internado de señoritas que a su vez, era un colegio privado, también dirigido por las Teresianas. Por motivos de salud, a los diez años volvieron a cambiarme a otro internado situado en la Sierra de Córdoba, al Sur de España, también propiedad de las Teresianas. Al cabo de tres años, para que pudiera estar más cerca de la familia, volvieron a internarme en el colegio Santa Teresa de la ciudad de Ávila, a pocas horas de Madrid.

Por un motivo u otro, siempre andaba lejos de la familia y cada vez más apegada a mi especial amistad con el Señor. Exteriormente me mostraba como una niña alegre, súperactiva, traviesa y a la vez, con una vida de piedad muy especial.

### **Un Voto Privado**

A los catorce años sentí el llamado para consagrarme al Señor, quería ser totalmente suya y deseaba hacerlo de alguna manera oficial, por lo que imitando el ejemplo de algunos santos, pensé en hacer el voto de Castidad. Después de pedir permiso a mi confesor y de recibir su aprobación, me preparé de una manera muy especial para ese gran día, el 21 de enero de 1961. Puse un anillo en uno de mis dedos, en señal de compromiso, como el anillo de “prometida”.

A partir de entonces, tenía una meta bien definida. Iba a ser misionera, iba a terminar la secundaria y a estudiar enfermería para poder ser más útil en el campo misionero.

Cuando salí del colegio a los dieciséis años expuse a la familia el deseo de ser misionera y estudiar enfermería, no encontré ningún apoyo. Dijeron que no podían costear esos estudios, que empezara a trabajar, y quizás más adelante...

### **Encadenada en Libertad**

Esa etapa de mi vida, fue bien difícil. Acostumbrada a vivir la mayor parte del tiempo en colegios, ahora encontraba que no sabía vivir en familia. Empecé a

disfrutar de libertades que antes no había tenido y también a confrontar problemas para los cuales no tenía ni fuerza, ni madurez emocional o espiritual para hacerles frente.

Trataba de conseguir refugio y seguridad en las prácticas religiosas para las cuales había sido bien entrenada, pero me vi impotente, vulnerable y perdida en la nueva vida que el mundo me ofrecía. Me sentí abrumada por mis repetidos pecados, experimentaba una terrible falta de control, me angustiaba porque veía en peligro mi vida espiritual, que era lo que más me importaba. Mi madre, a veces se refería a mi, como “la niña difícil”. En mi casa, no tenía confianza con ninguno de la familia para poder conversar o desahogarme sobre todas estas luchas de mi mundo interior.

Empecé a trabajar y a ganar algún dinero, pero las necesidades de la familia no me dejaban ahorrar lo suficiente para estudiar lo que quería. Durante esta época empecé a fumar, a beber, no dejaba pasar ocasión de divertirme y desordenar. Cuanto más me envolvía en las vanidades de la vida, los remordimientos y la tensión interior iban en aumento. Mi confesor espiritual, un sacerdote Agustino, llegó a tener escrúpulos en darme la absolución de mis pecados, porque decía que siempre estaba repitiendo lo mismo y que no veía muestras de arrepentimiento, aunque iba a confesar semanalmente o más, si lo creía necesario. Esto me desesperó en gran manera y estuve a punto de cometer suicidio en más de una ocasión. El día que me dijo acerca de que dudaba si debía darme la absolución, salí llorando y corriendo fuera de la iglesia, y aturdida y medio ciega por las lágrimas, no vi un coche que venía y casi me atropella.

### **Cambio de Confesor**

Más asustada aún, y dolorida, entre en la primera iglesia que encontré, que resultó ser la de los Padres Dominicos. Atravesé una puerta lateral y encontré refugio al final de un corredor oscuro. Desesperada y llorando amargamente me encontró un sacerdote dominico que acertó a pasar por allí en aquel momento. Vio la luz enseguida, y al verme en aquel estado, con mucha delicadeza me preguntó acerca de lo que estaba pasando. Con mucha paciencia consiguió que hablara con él, cosa que hice con gran alivio, y me consoló y ofreció la absolución que tanto ansiaba, porque sin el perdón oficial del sacerdote mediante la absolución sacramental, creía que el Señor tampoco me perdonaba.

A partir de ese día, este sacerdote, Padre Juan Luis Tena, fue mi confesor y consejero, y me ayudó bastante.

## **Entrada en el Convento**

Cuando estaba próxima a cumplir los dieciocho años, edad requerida para ir al noviciado de los Misioneros Combonianos, cambié de idea y entonces decidí que iba a ser monja de clausura. Conversando acerca de esta decisión con mi confesor, él me refirió al Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús, de religiosas “Claristas”o de la Orden de Santa Clara, en Cantalapiedra, Salamanca. Lo conocía bien, porque tenía allí cinco hermanas religiosas y a su madre.

Pronto empecé a cartearme con las religiosas, en especial con Sor María Gracia y decidimos que ingresaría allí, en unos meses.

Cuando di la noticia a mis padres, no querían darme permiso. Hubo gran problema en mi casa, pero al fin, después de insistir tercamente, y de hacerles ver que en cuanto cumpliera la mayoría de edad, iba a ir de todas maneras, al final, cedieron, y salí para el Monasterio una fría mañana del 4 de febrero de 1965.

No puedo describir el gozo interno y las expectativas con las que iba a esa nueva vida y por otra parte, el dolor por sentir y vivir la oposición de mis padres, en especial, de mi madre, cuando, ¡al fin!, iba a poder realizar lo que más había deseado siempre; El ser del Señor completamente, viviendo una vida de especial entrega a Él.

## **Vida Religiosa**

Me adapté a la nueva vida de “pobreza, castidad, obediencia y clausura” sin ningún problema. Vivía intensamente cada día, cada hora, cada momento. Al principio, el mayor inconveniente que encontré fue el de la lucha contra el frío. En estos monasterios, la austeridad y pobreza de vida se lleva a extremos bien difíciles. La negación de uno mismo ha de llevarse a todas las áreas, sea en lo personal, en lo material e incluso en lo físico.

Debes someterte al Señor a través de las reglas, trabajo, oración, disciplina, sacrificios y aún penitencias corporales. Ningún contacto con el mundo que no sea necesario; por ello, nada de noticias, o periódicos, radio o T.V. Nada que pueda halagar o satisfacer los sentidos. No importa si tienes frío o calor, hambre o sed, cansancio, sueño o incomodidades, humillaciones o escaseces. En una palabra, quieres “quemar”, gastar tu vida para el Señor a cualquier costo.

Puedo decir, que todo me parecía poco con tal de agradar al Señor, asegurar mi salvación y también asegurar la de otras almas. Teníamos que ser “corredentoras” con Jesús y con María. Intercedes por vivos y difuntos. Nosotras éramos la dínamo, el corazón escondido de la “Santa Madre Iglesia”. Nuestra vida de oración, trabajo y penitencia era la “clave” para el éxito de la vida cristiana y de la seguridad de salvación. Sí, al fin estaba seguro (eso pensaba) acerca de mi futuro con Dios. Tenía asegurada la práctica de todos los Sacramentos, vivía na vida santa, separada de todo lo malo, material y mundano. Oraba, meditaba, hacía penitencias especiales, sacrificios constan-temente, guardaba las reglas de la vida religiosa y del monasterio, las de la iglesia... ¿Qué más podía pedir el Señor que nosotras no le diéramos? Aparentemente era obediente, piadosa, trabajadora, completamente dedicada al servicio y gloria de Dios.

Tomé los hábitos de Clarisa en agosto del año 1965. Un año después pronuncié los “votos temporales” y tres años más tarde los “solemnes” o definitivos. ¡Ya estaba oficialmente y permanentemente consagrada al Señor, desposada con Cristo, como nos enseñaban. También cambiaron mi nombre de seglar Rocío, por el de “Sor María del Espíritu Santo”.

## **El Regalo de mi Madrina**

El día de la toma de hábito, invitaron a la familia a la ceremonia. Como el monasterio estaba en obras de reparación, y la iglesia estaba cerrada al público, el Sr. Obispo de Salamanca, concedió un permiso especial, para que la familia y amigos, pudieran entrar en el recinto de la clausura, y asistir junto con las religiosas, a la Misa y demás rituales.

¡Qué día tan precioso par mí! ¡Cuánto había deseado este momento de mi entrega “Oficial” al Señor! Con todo mi corazón, mente, y voluntad iba a darle el “sí”, definitivo y total.

Cuando la Madre Superiora abrió la puerta de clausura, toda mi familia pudo entrar y darme un abrazo, igual que yo a ellos, después de haber estado separados durante los seis meses que duró el Noviciado. Hubo lágrimas, abrazos, risas... Vestida de novia y cogida del brazo de mi padre queridísimo, la pequeña comitiva empezó a caminar hacia la capilla atravesando el claustro y corredores del monasterio. Recuerdo con pena, cómo mi madre llorando y en un susurro, me dijo al oído:

Hija, todavía estás a tiempo de decirnos que quieres regresar a casa, y nos vamos, y aquí no ha pasado nada, no nos vamos a sentir mal, todo lo contrario... Aunque podía comprender su pena, puesto que ella no deseaba de ninguna manera esa clase de vida religiosa para mí, a la vez me dolía no tener el respaldo de ella y de mi familia en uno de los días más felices de mi vida.

Al fin llegamos al altar de la pequeña capilla, y rodeada de religiosas y de la familia, tuvo lugar la preciosa ceremonia de la vestidura del hábito e ingreso en la Orden de Santa Clara. Siento que la brevedad de este testimonio, no me permita describir el encanto y belleza de este día tan especial e inolvidable.

Entre los invitados a la ceremonia, estaba mi madrina de bautizo, Doña María Antonia Ruiz. Ella me llevó de regalo una Santa Biblia, y con permiso de la Madre Superiora, empecé a leerla y me propuse hacerlo de principio a fin, ya que nunca antes lo había hecho y deseaba conocer lo más posible acerca de Nuestro Señor. Me gustaba mucho leerla, aunque a veces no entendía algunos pasajes.

Disfrutaba más leyendo el Nuevo Testamento que el Antiguo. Quería conocer lo más posible acerca de nuestro Señor y sus planes para nosotros y por eso leía este libro precioso constantemente. También consultaba secciones del Oficio Divino, que era en latín, con los textos correspondientes de la Biblia en castellano. Anotaba referencias del libro de los Salmos que recitábamos todos los días y en mis ratos de lectura privada comparaba con la Biblia. Cuando entré en el monasterio, a pesar de que había estudiado latín durante el bachillerato, o entendía una palabra de lo que leíamos u orábamos en latín. Después de poco tiempo y sobre todo, con el paso de los años, podía entender y traducir sin dificultad.

## **Sed de Dios**

El Evangelio de Juan era el que leía y meditaba más asiduamente durante los años de vida religiosa. No pude entender bien el significado de la salvación. Por el hecho de ser católica y monja no me planteaba la necesidad de ella. Sólo temía perderla por causa del pecado. Sin embargo, empecé a conocer mejor acerca de Quién me estaba hablando a través de la Escritura: “Yo soy el Buen Pastor”, o “Yo soy la Puerta”, “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, “El que tiene sed, venga a mí y beba”. Particularmente meditaba y me deleitaba en el encuentro que tuvo Jesús con la mujer Samaritana en el pozo. (Juan 4:1-26)

En el centro del claustro del convento había un pozo, rodeado de flores y arbustos. ¡Cuántas veces me sentaba allí, en el brocal, deseando ardientemente la presencia de Jesús con todo mi ser, alma y voluntad! En intensa súplica oraba y le buscaba pidiéndole de “esa agua” espiritual, que Él ofreciera a la Samaritana, por la cual yo moría de sed. “Señor, dame de beber, tengo sed de Ti, por favor dame del agua viva...”

Con el paso de los años, estaba más y más insatisfecha de mi misma. Quería ser mejor cada día, pero, ¿cómo? ¿cómo podía crecer más y más en santidad? La lucha y la ansiedad llegaban a un punto en el cual empecé a tener problemas físicos y emocionales.

Leía en el Evangelio de Juan, en el pasaje acerca de la última cena, cuando Jesús oraba por sus discípulos: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”. (Juan 17:15) EN mi deseo por la santidad, leía en la misma plegaria, “Santifícalos en tu verdad; Tu palabra es verdad”. (Juan 17:17)

Consideraba que en el convento vivíamos completamente separadas del mundo, virtual-mente en otro planeta. Y en el mismo pasaje leía, “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”. (Juan 17:18) Nosotras creíamos que las monjas de clausura éramos la “crème de la crème” de la vida religiosa. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo iba encontrando muchas más contradicciones acerca de este punto de vista.

Teníamos demasiadas reglas, demasiadas observancias, que aunque tienen apariencia de una vida de piedad exquisita, encadenan y engañan creando una segunda personalidad y una falsa seguridad en el propio hacer y en lo que se consigue a través de ello. Pensaba en la condición de los fariseos que menospreciaron la justicia de Dios por su propia justicia. Podía ver y experimentar la acepción de personas entre las familias más ricas y las pobres.

Varias veces se enseñaba que una mentira “blanca” dicha para salvar una situación difícil, o para defender a alguien era usar sencillamente “la mano izquierda” y que por lo tanto no era pecado. Reglas, tradiciones y una obediencia rígida nos incapacitaba para hacer decisiones personales. Todo exigía un orden y una sumisión incondicionales si querías agradar a Dios y crecer en santidad. Todas nuestras actividades estaban bien protegidas por innumerables formalidades que producían una agradable apariencia de perfección.

## **La Lucha Interior**

Una gran lucha interior se iba desarrollando conforme aprendía más acerca de Dios, de la vida espiritual y de la vida que estaba viviendo en el claustro. Esta lucha me llevó al punto de caer enferma. Salí de la clausura para ir al médico porque de la noche a la mañana perdí la voz. La Madre Abadesa pensó que podía tratarse de tuberculosis en la garganta como fue el caso de otra religiosa en aquel tiempo.

También sucedió en estos últimos años que pasé allí algo terrible que me hizo pensar mucho y que aún recuerdo con pena.

Había una religiosa que tenía problemas mentales, pero como exteriormente no causaba inconvenientes en la comunidad, se la dejaba vivir allí tranquila y sin presiones. Un día, esta pobre monja se tiró al o del claustro y sus primeros gritos no fueron para pedir ayuda, sino que gritaba, “¡Me condeno! ¡Ay! ¡Me condeno!” Ella no sabía nadar pero se quedó flotando de manera inexplicable en aquel estrecho y hondo pozo, clamando desvalida por el miedo a ser condenada.

Nuestra Madre Abadesa trataba de tranquilizarla repitiendo, “Hija mía, deja ya de condenarte, Dios es Misericordioso”. Yo misma estuve allí cerca del brocal del pozo viendo y oyendo a esta religiosa en medio de tanta angustia, hasta que pudo ser rescatada y atendida por el doctor.

Tú que lees este testimonio puedes pensar ¿Por qué cuentas esto? Un accidente así puede pasar a cualquiera dentro o fuera del convento y más cuando la persona no está mentalmente sana. Yo te contesto, que estoy recordando esto porque tiene mucha importancia.

Verás, a pesar de una vida de perfección, de amor hacia El Señor, de sacrificios,acrificios, umplir con todos los requisitos de la Iglesia Católica; a pesar de que la vida de clausura es una vida de entrega que a la vez, es hermosa, limpia, organizada y llena de paz... hay algo que la monja, el monje o el sacerdote no pueden comprar, merecer u obtener por sus propios méritos o los méritos de la iglesia o de los santos, o lo que sea, y este algo es ni más ni menos que la seguridad de salvación.

Cristo enseña claramente que; “El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios”. Y repite; “Os es necesario nacer de nuevo”. (Juan 3: 3,7)

El “nuevo nacimiento” no tiene nada que ver con prácticas religiosas organizadas, si no que es Dios quien llama y da nueva vida, vida espiritual, por su Santo Espíritu y salva a través de Cristo y solamente por Su gracia, sólo por fe.

De los nueve años que pasé en el convento, los tres últimos los viví en medio de una lucha espiritual y mental muy fuertes. No podía entender por qué lo que en un principio me había hecho tan feliz, ahora me parecía tan contradictorio y vacío.

Tenía terror de ser infiel al Señor. Me ahogaba interiormente sin saber qué hacer para poder conciliar la mente con el espíritu. La responsabilidad ante los votos prometidos, en contra de la sensación de que aquella vida no tenía sentido. No sabía cómo explicármelo ni hacerlo entender a la madre superiora o al confesor. Nuestra madre me aconsejaba que perseverase pues todo era tentaciones del enemigo. Me cambiaron de trabajo u oficio varias veces, con la esperanza de que me tranquilizara. Pero yo pensaba ¿No se dan cuenta de que no son las cosas externas en las que me ocupo las que pueden darme o no darme paz, si no algo más profundo, esta tortura de conciencia entre lo que creo que está bien y lo que no está bien? ¿Qué es este vacío? ¿Qué es esta sed de Dios tan tremenda que nada de lo que me ofrece esta vida puede saciarla?

Terminé por pedir ayuda al confesor que fue padre espiritual de mi tía religiosa y que por entonces estaba en Roma trabajando de secretario del Padre General de los Padres Dominicos. Dios en su providencia me permitió que este sacerdote viajara a España por aquellos días, aprovechando la oportunidad para visitarme en el convento y ayudarme.

Después de oír atentamente por lo que estaba pasando y él prefería morir antes que renunciar a la vida religiosa, me dijo algo muy simple y muy directo que me ayudó a enfocar la situación desde una perspectiva diferente. Con mucha compasión y paciencia me dijo: “Hija mía, ¿te parece que en los nueve años de vida religiosa que has pasado aquí, has aprendido a conocer por lo menos un poco más a Dios?” Si, padre, le dije; “Entonces, ¿no crees que Dios es más Padre y madre que tus propios padres y que Él no quiere torturarte y que si Él te quisiera aquí, en esta vida, te daría la paz y a alegría necesarias para perseverar hasta el fin?”

## **Sobre sus Alas**

Con el corazón roto admití que no podía seguir viviendo así, sin paz. El padre Varcárcel tomó la responsabilidad de hablar con la madre superiora para que sin más dilaciones me permitieron salir del convento y pasar un corto período de tiempo, a manera de prueba, en casa de mis padres, y así con calma estudiar en otra perspectiva cuál era la voluntad de Dios para mi vida. Se pidieron los permisos necesarios al Obispo de Salamanca, el cual autorizó la salida a casa de mis padres por un tiempo, en el que tenía que tomar la decisión de regresar al convento o solicitar a través de la Curia Pontificia en Roma la definitiva salida y secularización.

Cuando mi familia fue avisada acerca de esta decisión, fueron rápidamente a buscarme. Aquel día de marzo del año 1974 pensé que iba a morir de pena. Nunca en toda mi vida, antes o después, he sufrido semejante pena, profundo dolor. Fue una indescriptible agonía. No permitieron que me despidiera de las monjas que durante nueve años habían sido “mis hermanas”. Con pánico y vergüenza por lo que se juzgaba como la más vil “deserción”, fui acompañada hasta la puerta del monasterio por la Madre Superiora y creo recordar que dos hermanas más de las del consejo. Una fría y penosa bendición fue la despedida mientras se corrían los fuertes cerrojos y llaves de la puerta reglar. Cada vuelta de la llave era como una puñalada al corazón. No podía creer lo que estaba pasando....

¿Realmente nuestro Señor me estaba dejando ir? ¿No era Todopoderoso? ¿No sabía cuánto deseaba amarle y servirle? ¿No podía parar todo aquello? ¿No veía el miedo terrible que sentía interiormente al tener que dejar atrás la vida que había escogido para entregarme a Él por entero y que ahora se hundía en el vacío de lo incierto? ¿Dónde estaba Él ahora? Como fuego devorándome por dentro repetía inconsolable en mi interior, “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”

Pedí que me dejaran salir con el hábito de clarisa, no soportaba la idea de vestir la ropa seglar que mi hermana me hizo llegar. Solo me autorizaron por unos días. Tanto mi hermana Lola como mi hermano Alberto tuvieron que asirme y casi podía moverme. No podía hablar sólo llorar. Sin fuerzas, me llevaron hacia Madrid, bajo un cielo oscuro cargado de nubes e intensa lluvia que parecía llorar conmigo mientras borraba con un torrencial aguacero la silueta del monasterio que iba perdiendo en el horizonte. ¿Dónde estaba mi Dios?

Ciega en mi vida de vanidad y pecado, esclava y encadenada por la religiosidad de buenas obras, idolatría, penitencias y sacrificios, tantas prácticas religiosas, eslabones interminables de una cadena que nunca podría darme la libertad en

Cristo, no podía ver en mi errada desesperación que eran los amorosos brazos del Dios que yo creí conocer, los que realmente me estaban sacando de allí, aún en contra de mi voluntad, para ofrecerme la salvación por la que tanto había deseado y sufrido y que yo sola no podía encontrar. Como está escrito en Deuteronomio 32: 10-12...

*“Le halló en tierra de desierto,  
y en yermo de horrible soledad;  
lo guardó como a la niña de su ojo.  
Como el águila que excita su nidada,  
Revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas,  
los toma, los lleva sobre sus plumas, Jehová  
solo le guió, y con Él no hubo dios extraño...”*

Notaba las miradas picarescas de mis hermanos mientras conducían hacia Madrid y rezaban en alta voz el rosario, con resignación y a toda prisa para ver si así me calmaba mientras se sonreían con satisfacción al haber realizado la “operación rescate” sin más contratiempos...

## **La Vida Fuera del Claustro**

La adaptación a la nueva vida fuera del monasterio, “en el mundo” fue lenta, peligrosa y muy difícil. Estaba desconectada de todo y de todos. Los ruidos, el ajetreo, el devenir cotidiano de la vida en la gran ciudad eran de continuo sobresalto y angustia para mí. Tenía veintisiete años y era tan inmadura como una adolescente que enfrentara la vida por primera vez. Sin la protección del hábito y la “entonación del canto gregoriano, las reglas, regulaciones, toques de campana diciéndote lo que debes hacer, el método establecido, la rutina de lo perfecto y simple... estaba como fuera de combate.

Durante muchos años había estado protegida por el hábito, en aislamiento voluntario de la realidad de la vida, protegida y emparedada por las “buenas obras”.

De repente me veía sin poder contra el pecado, sin discernimiento, sin dirección, humillada por verme tan sin control hundiéndome más y más en la corriente “del mundo”. En el convento estaba encadenada con “la religiosidad de la religión”. Ahora la cadena de mi insensatez y rebeldía me esclavizaba más y más.

Pensando neciamente que el Señor me había abandonado, me rebelé en contra de cualquier regla o norma. Tampoco iba a importarme ya la ley de Dios. Iba a hacer exactamente lo que quería.

Intentaba cumplir e ir a la iglesia de vez en cuando, pero nada, no podía. Todo me parecía lejano, inútil, sin sentido. Ya no podía asistir a la misa, confesar con el sacerdote me parecía estúpido e hipócrita porque volvía a repetir los pecados como si no hubiese arrepentimiento ni fuerza para cambiar. Por alguna extraña razón, la comunión tampoco la aceptaba, como si aquellos sagrarios en los que antes había pasado tantas horas en adoración y oración, ahora me resultaban vacíos... poco a poco iba alejándome de toda práctica religiosa, ni siquiera podía leer la Biblia en la que tanto me había deleitado. Todas estas prácticas ya no significaban nada para mí, incluso me perturbaban. ¿Qué estaba pasando?

Pronto empecé a fumar otra vez, y a beber, vestía como cualquier otra mujer joven. Luchaba en contra de mi conciencia pues con demasiada frecuencia quería hacer lo que iba en contra de la ley de Dios o la moral.

Todavía deseando estudiar enfermería, ahora mi familia rápidamente quiso ayudarme. La escuela de enfermeras donde fui admitida estaba lejos de Madrid, en la ciudad de Barcelona. Otra vez tuve que separarme de la familia y empezar una vida nueva. Aunque los estudios de enfermera me gustaban mucho y eran motivo de gran satisfacción, sabía que mi vida espiritual y emocional iban cuesta abajo lo cual me producía una penosa depresión.

### **El Alto Costo de Malos Consejos**

Llegué al punto en el cual necesitada ayuda cuanto antes. Me recomendaron a “un buen psicólogo” que además era sacerdote y trabajaba en el Hospital Psiquiátrico de Hospitalet.

Lamentablemente la cura iba a ser peor que la enfermedad. Los consejos que me dio bajo su autoridad “profesional y sacerdotal” me llevaron a la situación más peligrosa de mi vida.

Cuando le hablé acerca de mi niñez, adolescencia y años en el monasterio me aconsejó como “necesaria terapia” el “ser yo misma” sin más represiones, reglas, normas, etc... Decía que toda mi vida había estado muy reprimida a causa de los años pasados en los colegios y en la vida monástica, y que ahora tenía que abrirme al mundo, darme la oportunidad de ser yo misma, de disfrutar la vida, si quieres

robar; roba, o miente, diviértete con hombres, bebe y fuma si gustas (él fumaba sin parar mientras hablaba conmigo desde la nube de su cigarrillo) no estés siempre encerrada estudiando, sal, no te inhibas por nada o nadie, y no me vengas con que tienes remordimientos.

“Pero, padre, le decía”, esto que me dice que haga es pecado, va contra la ley de Dios... “Oh, no te preocupes, échalo sobre mis espaldas, tómallo como parte de tu ‘terapia’, eso sí, no se lo digas a nadie, podrían no entender o mal interpretarlo...”

Así pasé esos años en Barcelona; estudiando, trabajando y “recuperándome” a un alto precio. Al mismo tiempo que iba construyendo un futuro profesional, mi vida personal y espiritual se iba deteriorando más y más a medida que la conciencia se endurecía al hacer lo que quería sin escrúpulos ni remordimientos. Hice algunos viajes a Puerto Rico, Inglaterra y a Italia, siempre dispuesta a pasarlo bien y a recuperar el tiempo perdido.

### **Visita a Roma**

Al terminar los estudios de enfermera y graduarme, mis padres me ofrecieron un viaje a Italia con el fin de que tuviera la oportunidad de visitar al papa. Yo acepté encantada pues más que la visita al Vaticano iba con intención de encontrarme con un buen amigo italiano y así matar dos pájaros de un tiro, como así sucedió.

Llegué a Roma en agosto de 1978. El padre Dominicó que me ayudó a salir del convento estaba esperándome ya que mis padres le avían avisado de mi llegada. Me ayudó a salir del convento estaba esperándome, ya que mis padres le habían avisado de mi llegada. Me ayudó a encontrar alojamiento y tuvo la amabilidad y paciencia de acompañarme por la “santa ciudad” en mi visita turística. También, de propia iniciativa, me consiguió un pase para asistir a una de las audiencias del Papa. Era lo último que yo tenía en la mente pero fuí, por cortesía, por no devolverle el pase. De esta manera me vi dentro de aquella audiencia, en un buen sitio, cerca de donde tenía que pasar el prelado y de su sillón presidencial. La ceremonia entera me pareció un “show” ridículo. Sentí pasmo y vergüenza al presenciar de cerca la veneración y entusiasmo por un hombre como cualquier otro. Con más títulos humanos sí, y con ropas y protocolos especiales, pero al fin de cuentas, un hombre.

Mirando a mi alrededor no daba crédito a lo que veía y oía. La histeria colectiva, los aplausos, las bendiciones, el arrodillarse delante de él, las miradas y

expresiones de rendida sumisión. Quedé atónita, ni aplaudí, ni oré, ni grité con la multitud, ni le vitoreé, quería salir corriendo, ¿qué locura era esa?

Consideraba toda la riqueza, la pompa, la artificialidad y vanidad de estas ceremonias eclesiásticas como un insulto a Dios, que aún estando yo en las condiciones que estaba, me repugnaba.

De Roma visitamos Asís. Allí, quise reconciliarme con el Señor y ayudada por este buen sacerdote hice una confesión general y asistí a Misa, pero aún allí, no pude encontrar “aquello” que me faltaba y que nada ni nadie podía darme. Al fin regresé a España después de la visita al Vaticano, no sin antes pasar unos días en Milán y los Alpes.

De vuelta a Barcelona, después de muchos intentos para encontrar una plaza permanente de trabajo, sin conseguirla y viéndome en un callejón sin salida, decidí salir de mi país y trabajar donde me necesitasen.

### **De Puerto Rico a la República Dominicana**

Salí de España rumbo a Puerto Rico en diciembre de 1980. Uno de mis hermanos vivía en San Juan, él y su familia me ofrecieron hospitalidad en lo que encontraba nuevo rumbo a mi vida.

Pasé varios meses en esa preciosa isla tratando de encontrar trabajo para lo cual necesitaba revalidar mi título de enfermera y a la vez conseguir residencia americana. Los procedimientos legales y burocracias iban retardando el proceso y con el correr de los meses la situación se iba haciendo cada vez más difícil. La vida de inactividad, de inseguridad sobre el futuro, lejos de mis amistades y libertad que tenía en España, me iban desmoronando interiormente. Estaba dispuesta a hacer cualquier disparate o lo que fuera con tal de romper el círculo vicioso en el que estaba metida y seguir con la vida “a mi aire”.

El tiempo de residencia llegaba a su fin y tenía que salir de territorio americano. Desesperada pensé que me iba a ir a la aventura, sin regresar a casa de mis padres a España. Quería perderme en alguna parte de Europa y quizás unirme a algún grupo religioso contra-cultural, muy de moda entonces y a lo mejor, hasta con un poco de suerte podía sufrir algún accidente y morir. ¿Para qué seguir peleando tanto por nada? ¿Cómo aguantar por más tiempo la soledad, la frustración, los remordimientos? Mi familia o amistades no podían darse cuenta de la lucha

interior por la que estaba pasando. Para ellos era difícil, divertida, incontrolable y terca. Mujer que no salía de un problema, para entrar en otro.

Mi hermano, conociendo algo de lo que estaba planeando, me animó a ir a la República Dominicana, pues debido a la escasez de enfermeras graduadas podía encontrar trabajo, y mientras, esperar por la residencia americana y volver a Puerto Rico. Sin mucho entusiasmo accedí a su propuesta y así, salí para Santo Domingo en septiembre del año 1981.

Ya en el avión sentí algo así como un sentimiento de libertad recuperada aunque iba completamente a lo desconocido. Otra vez a empezar desde cero. En Santo Domingo encontré el trabajo deseado en una de las mejores clínicas privadas de la capital. Pronto hice nuevas amistades. Vivía en la casa de una señora conocida la cuál me alquiló una habitación. Estaba situada cerca del Malecón, un precioso paseo delineado por hermosas palmeras a orillas del mar.

Empecé a estar más animada y con esperanzas de mejor futuro.

Poco tiempo después de empezar mi trabajo en la clínica tuve un encuentro con creyentes cristianos por primera vez en mi vida. La señora había sido internada para dar a luz a su primer hijo, la atendí durante el tiempo de su estancia allí. Más tarde seríamos buenas amigas.

Pronto me hablaron de Dios, de la Biblia, me invitaron a un estudio bíblico en su casa y de allí a un servicio religioso en la iglesia. Asistir a un culto Protestante era una nueva experiencia bien apetitosa que no pensaba perderme, vamos, era un reto a mi tradicional catolicismo que se hacía irresistible.

## **Convicción de Pecado**

El Sábado anterior al domingo fijado para ir con mis nuevos amigos a la iglesia, salí de diversión con otro amigo, un médico americano divorciado que estaba pasando un tiempo en la isla. Fuimos a cenar, a bailar, a desordenar como de costumbre. Mi conciencia me decía que no fuera, que no era correcto rh con aquel hombre y ponerme en peligro, pero rebelde y obstinada como de costumbre, sin poder para vencer la atractiva perspectiva de una tarde alegre, salí dispuesta a pasarlo lo mejor posible.

Pasada la media noche, cuando cruzábamos una calle, oí el estridente canto de un gallo. Súbitamente, sentí como si un puñal me atravesara el corazón. Inmediatamente recordé cuando Pedro negó a nuestro Señor Jesucristo y el gallo cantó... No pude seguir.

Dejé al “amigo” allí plantado y escapé corriendo llorando amargamente, sin saber dónde estaba, sólo miraba entre el torrente de lágrimas hacia aquel maravilloso cielo estrellado clamando a Dios por perdón y misericordia. Desde lo más profundo de mi ser gritaba y lloraba suplicando, “Sálvame Señor, sálvame, yo no puedo hacerlo. Estoy perdida sin Ti, yo sola no puedo hacerlo. Por favor sálvame!”

En un instante podía ver la futilidad de mis esfuerzos desde que tenía uso de razón, por ser mejor, por agradarle, por conseguir la salvación tan deseada. Había llegado a ese “nada”, a la dolorosa experiencia de la propia inutilidad, al punto donde el pecado se muestra tal como es, con la horrenda fealdad y esclavitud que conlleva, encadenado a una vida de derrotas, de falsedad de hipocresía.

Sin saberlo, el Espíritu Santo había comenzado su trabajo dándome un convencimiento humilde y doloroso del pecado, de mi condición.

Estaba perdida en total sentido de la palabra, perdida en una ciudad que no conocía, perdida en la noche de mi vida, en aquella noche tropical. Lejos de mi país, lejos de la familia, lejos de los “amigos”, sola en soledad indescriptible, cuando las “buenas obras” no cuentan, ni lo hábitos, ni oraciones, ni toque de campana, ni sacrificios, ni liturgias te pueden cubrir con el más leve vestido de justicia...y allí, así, de aquella manera, es cuando los brazos del Eterno te alcanzan, te limpian por medio de la sangre de Aquel que quita el pecado del mundo, te viste con manto de justicia, la Suya, porque todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia. (Isaías 64:6)

En ese momento, sin confesión a hombres, sino sólo a Dios, alcancé perdón y ayuda para el oportuno socorro.

Más tranquila, con el alma en paz, pude encontrar un taxi y regresar al apartamento. Apenas podía dormir esperando el momento de ir en pocas horas aquella iglesia evangélica.

Mis amigos cristianos fueron a buscarme a la hora convenida y pronto llegamos a la Iglesia Bautista Cristiana que recientemente había sido establecida allí por un pastor misionero americano, Pablo Joles.

El Servicio tenía lugar en la sala de su casa. Cuando entramos, estaban enseñando en la Escuela Dominical acerca del Espíritu Santo. Esta mañana fue para mi la continuación de lo que El Señor había empezado a hacer en mi vida la noche anterior. El “huevo” que contenía en prisión la criatura, se empezó a rasgar mediante el dolor del arrepentimiento, ahora, el nuevo nacimiento iba a tener lugar ante el toque de Gracia del Salvador.

Ahora empecé a “ver” a “entender” lo que anteriormente estaba cubierto por un “velo” (2 Cor. 3:14-17) Cristo a través de su Palabra, me “develó” el plan de salvación:

1. Que todos somos pecadores. (Rom. 3:23, 10, 12; Salm. 14)
2. Que la paga del pecado es muerte. (Rom. 6:23)
3. Que después de la muerte hay un juicio (Heb. 9:27), pero que Cristo pagó nuestra deuda. (Rom. 5:8, Jn. 3:16, Jn. 5:24)
4. Que somos salvos por Su gracia solamente, (Efes. 2:8-9) y solamente mediante la fe (Rom. 1:17) y sólo a través del conocimiento de Su Palabra. (Rom. 10:17)

En el momento en que comprendí estas verdades, pedí perdón sinceramente y le supliqué que viniera a mi corazón como mi Salvador personal, y ahí mismo, así como estaba, así como era, Él quebró el cascarón, el nuevo nacimiento tuvo lugar... “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo lo que proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo”. (I Cor. 5:17) Esto ocurrió el 25 de octubre de 1981.

¡Que maravillosa es la gracia de Dios que en Su misericordia la ofrece a todo aquel que cree en Él para Salvación! Gracia asombrosa, que me sacó de las tinieblas a la luz, del pecado que es muerte, a la vida que sólo es posible en Él, de estar ciega y perdida, a poder ver y descansar en Él. Gracia que sale al encuentro y rescate de la oveja perdida, del hijo pródigo que busca perdón en los brazos del Padre que le recibe con amor incondicional.

¿Cómo poder expresar lo que pasó aquella mañana? Salir de la pena y desesperación al gozo de la paz. Un río de lágrimas corrían de mis ojos igual que

de los ojos de a mujer pecadora del Evangelio, y como ella, caí a los pies de Jesús en completa rendición. Como la mujer en el pozo, mi sed fue saciada por Jesús con el agua viva de Su Palabra que limpia y restaura a la vez.

Conocí que esto era el “nuevo nacimiento” que me daba la vida en Él y la libertad que nunca antes había conocido. (Jn. 8:38)

La declaración hecha en la cruz por Cristo de “Todo está consumado” en Juan 19:30, ahora podía entenderla en su pleno significado. No son necesarios más sacrificios. Cristo es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Él pagó el rescate, sufrió en Sí mismo la condena que nosotros merecemos y una vez consumado el sacrificio resucitó glorioso y ahora está sentado a la derecha del Padre. Él es el Sumo Sacerdote y a la vez nuestro único Intercesor, la Propiciación (el pago completo por nuestros pecados). Hubo un solo sacrificio y de una vez por todos. (Heb. 9:25, 26, 28; 10:10,12 & I Ped.3:18)

¿Cuál es entonces el montaje y la necesidad de las misas que según aprendí desde niña son la repetición del sacrificio incruento de Cristo en la cruz? ¿Cómo es incruento si la Palabra enseña que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados?  
(Heb. 9:22)

¿Para qué la intercesión de la Virgen María y los santos si la Palabra enseña que sólo hay un mediador entre Dios y los hombre, Jesucristo? (I Timoteo 2:5)

El velo fue quitado de mis ojos y pude saber con toda certeza que era aceptada y salvada por Cristo y que mi eterna salvación estaba asegurada conforme a sus promesas.

(Jn. 5:24) Sí, este era realmente el Cristo que siempre había deseado conocer, amar y servir, el Dios de la Biblia que salva a través de su sangre redentora derramada, una vez para siempre; el Cristo que no necesita de la ayuda o complemento de sacramentos, obras personales, sacerdote o santos para intercedes por mí. Él entrega el don de la salvación a través de su Gracia, suficiente y total, a aquel que deposita su fe en Él.

Empecé a dar los primeros pasos en mi nueva vida cristiana; un hambre insaciable por conocer su Palabra me llevó al estudio sistemático de la Biblia, recibí el bautismo por inmersión en obediencia al mandato de Cristo y como testimonio público del nuevo cambio operado en mi vida, el 27 de diciembre de 1981 y con

motivo de este bautismo di el primer testimonio público acerca de mi encuentro personal con Cristo y de Su Gracia salvadora.

Pronto escribí una carta al sacerdote que me ayudó a salir del convento, quería compartir con él, el gozo indescriptible de este “nuevo nacimiento” y todos los descubrimientos que estaba haciendo conforme estudiaba la Biblia.

Todo esto eran clara evidencia de que ahora pertenecía y seguía a Cristo y no a una religión.

## **El Agua Viva**

Uno de los mejores consejos que he recibido desde mi conversión, lo recibí del pastor-misionero testigo de mi profesión de fe. “Lee tu Biblia y medita en ella cada día, con ganas y sin ganas, porque sólo a través de la Palabra de Dios podrás encontrar todo lo que necesitas para perseverar y crecer en El Señor pase lo que pase. Las personas, la salud, el bienestar etc., te podrán fallar, pero Dios y su misericordia nunca”.

Fielmente seguí el consejo sin mucho esfuerzo porque realmente quedé cautivada por la Palabra de Dios con una sed insaciable por conocer más y más acerca del origen, la base y sustancia de la Fe y al único Autor de ella.

De esta forma fui acercándome y conociendo más a Dios descubriendo su voluntad para mi vida. Hoy, puedo decir, que gracias a Dios, he leído la Biblia entera por lo menos una vez al año desde el 1983, por lo que en la actualidad suman unas dieciocho veces, y no puedo expresar en palabras la clase de bendición maravillosa que constantemente recibo a través de esta gozosa disciplina.

Este deseo ardiente por la Palabra de Dios me llevó a estudiar en el Instituto Bíblico Quisqueyano de la ciudad de Santo Domingo. Había sido fundado por otro pastor misionero americano, el Rev. Larry Dawson. Allí me fue posible seguir con un estudio sistemático de la Santa Biblia por tres años, gozando del privilegio de ser una estudiante más en una saludable y gozosa convivencia estudiantil, aprendiendo acerca de la Palabra, sus principios y doctrinas.

Directamente podíamos ir a la fuente pura del cristianismo sin adulteraciones doctrinales ni tradiciones añadidas. ¡Qué años de intenso aprendizaje y de un banquete espiritual continuo!

Conforme iba entrenando más y más en la Escrituras de mi vida se iba regulando, ordenando, gozaba de una paz y gozo espiritual, que ni aún en el Convento había logrado alcanzar. Emocionalmente iba adquiriendo una estabilidad que nunca antes había tenido. No es que no faltaran ocasiones y tentaciones en las que a veces aún inmadura y débil caía, pero ya no me quedaba ahí. Ahora rápidamente confesaba mi pecado al Señor, ahora sabía y experimentaba que tenía al único Mediador válido, la única Propiciación por mis pecados y una vez restaurada por su Gracia y Misericordia iba otra vez a la batalla. El verdadero cristiano no es aquel que nunca peca, sino aquel que se arrepiente sinceramente, se aparta de la ocasión, y se levanta apoyándose en la Misericordia de su Salvador.

En mi vida pasada tanto en el convento y fuera del convento yo quería hacer todo. Yo quería ser mejor, sacrificarme a veces hasta extremos para así agradar a Dios y merecer el perdón, quería salvarme a través de mi buena conducta u obras especiales para merecer el cielo, el perdón, la salvación de otras almas, para disminuir el período de purificación en el “Purgatorio”.

Ahora sabía por la Biblia, que el Purgatorio no existe, que Cristo ya pagó todo para mí, por todos nosotros, que Él no necesita de nuestra ayuda “redentora” para salvar a nadie, Él lo hizo y lo hizo con un sacrificio completo y perfecto de una vez por todas. Ahora sabía que las buenas obras en las que debemos ocuparnos no son para merecer o conseguir nada, sino para obedecerle y agradecerle conforme nos enseña, “Porque somos hechura suya, creadas en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. (Efes. 2:10) ¡Qué gozoso descubrimiento y tranquilizadora realidad!

### **Al Servicio del Señor**

En el segundo año de mis estudios en el Instituto Bíblico supe y entendí que debía dedicarme totalmente al servicio del Señor. El discípulo de Cristo debe, sin lugar a dudas, obedecer al mandato del Maestro, “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”. (Mateo 29:19-20)

Al terminar mis estudios en el Instituto Bíblico Quisqueyano y recibir el diploma de “Obrera Evangélica” busqué la Voluntad de Dios para ver en qué área podía dedicarme a mi nuevo trabajo y dónde.

Visité a mis padres en España en el verano del 1985, enteramente dispuesta ante la posibilidad de quedarme en España para cuidar de mis ancianos padres y a la vez colaborar con el trabajo misionero en mí país.

Cuando mi familia consideró innecesario que me quedara al cuidado de mis padres, regresé a Santo Domingo y decidí empezar con algo por lo que había estado deseando desde hacía tiempo. Esto era abrir las puertas de mi corazón y de mi casa a niños huérfanos o abandonados que tanto abundaban en esa isla. Con la aprobación de la iglesia local a la que asistía representada por el hermano pastor y diáconos, empecé este ministerio con la ayuda especial de un grupo voluntario de hermanos que a la vez iban

A constituir oficialmente una Junta Directiva.

Los niños empezaron a llegar a mi casa tal como la Providencia de Dios lo iba enviando. Para nuestra sorpresa, fuimos acogiendo a varios bebés, con diferencia de meses, otros de un año o dos, otros de cuatro años hasta que una de los últimos, fue una recién nacida, de un día.

Cuando algunos se espantaron de que hubiera iniciado este ministerio estando sola, soltera, sin dinero, sin ninguna propiedad y con tantas dificultades alrededor, yo sólo podía defenderme asiéndome de la Escritura, “como viendo al Invisible” y afirmándome en lo que el apóstol Pablo decía, “porque yo sé a quien he creído” (2 Timoteo 1:12)

Apoyada por los miembros de la Junta, escribí una carta al Presidente del Gobierno, Exmo. Sr. Joaquín Balaguer, solicitando un terreno para la construcción de la casa de nuestros niños, petición que generosamente nos otorgaron, y que con la ayuda de diferentes donativos por parte de personas de Santo Domingo e iglesias de Puerto Rico y U.S.A. pudimos ir levantando poco a poco y no sin grandes problemas la casita que más tarde ocuparían nuestros pequeños, monumento visible del amor, providencia y misericordia de Aquel que es “Padre de huérfanos” como dice el Salmista, “Dios hace habitar en familia a los desamparados...” (Salm. 68:5-6)

El mismo Dios que me salvó y redimió seguía interviniendo en mi vida y me hizo superar problemas muy serios en tantos años de soledad y lucha. Me enseñó en propia experiencia que su amor nunca falla aunque fallen los demás, que me cubre con su manto de justicia y misericordia cuando caigo y acudo a Él en arrepentimiento y fe. Que Su Providencia supera todas nuestras expectativas.

Fue un tiempo muy importante en mi vida espiritual de victorias y caídas y de ir madurando en el conocimiento y servicio a nuestro Señor. A Él sea la gloria por completo.

## **El es Fiel**

Para terminar, voy a incluir otro capítulo en este testimonio que deseo compartir con mis lectores pues quizás pueda ayudar a alguno a entender mejor cómo el Señor actúa para nuestro bien en todos los detalles de la vida.

Algunas veces, cuando la persona religiosa en el catolicismo deja “la vida del claustro” o “la vida consagrada” como ellos, y vuelve “al mundo”, y se casa, en la atmósfera religiosa se toma muchas veces como una ofensa, como si el salir de esta vida religiosa fuera solamente por motivos sexuales o problemas en esa área. ¡Qué idea tan equivo-cada y enfermiza! Este modo de pensar o juzgar denota un desconocimiento profundo de lo que realmente enseña la Palabra de Dios.

Desde pequeña me inculcaron a enseñanza acerca de la maravilla y privilegios del celibato, pretendiendo que esta forma de vida por el amor de Dios excede en honor y virtud al matrimonio. Después de mi conversión a Cristo a la luz de las Escrituras, aprendí que errada y falsa es esta enseñanza acerca del celibato, no importa cuanto quieran sublimizarla.

La Santa Escritura desde su principio en el libro de Génesis, enseña, cómo Dios, al crear todas las cosas vio que todas eran buenas. También cuando creo al hombre a Su ima-gen, conforme a Su semejanza, también dijo “que era bueno en gran manera”. (Gen. 1:3)

Pero la primera vez que Dios expresa que algo no es bueno fue cuando vio a Adán solo, “y dijo Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él”.

(Gen. 2:18)

A través del Antiguo Testamento vemos que el matrimonio era el estado normal para el hombre y la mujer, es más, es señal de madurez, de honra y de privilegio. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo, en su primera carta a Timoteo, hablando acerca de las señales de la apostasía apunta a aquellos que van a prohibir el casarse (I Tim. 4:1-5) y enumerando las cualidades o calificaciones para ostentar el cargo e obispo, Pablo asume que el candidato debe ser casado. (I Tim. 3:2)

Sabemos por la historia que el celibato tiene su origen en la practica que seguían los sacerdotes paganos que ministraban a los ídolos.

Años antes de entrar al Convento, tomé la decisión de que no iba a querer casarme, ya que sólo quería ser para el Señor. Llegué incluso a romper mi amistad y relación con un buen muchacho al que podía llamar “mi novio” por el temor de amar menos a dios, que era lo que yo más deseaba. Fui enseñada que podía tener una vida “más limpia” y más dedicada al servicio del Señor si quedaba soltera y me matriculaba en la vida religiosa.

Todo esto aunque suena muy correcto, espiritual, como sacrificio exquisito etc., no es más que una falsa enseñanza contraria a las Escrituras. Ningún hombre o institución tiene el derecho de exigir el celibato a nadie que desea servir a Dios en la forma que sea o en la vida que sea. Casi todos los hombres y mujeres ejemplares que la Biblia nos presenta fueron casados.

Si alguno decide no casarse debe ser por una elección libre, no por una imposición de alguien o por ninguna regla o estado.

Siempre ha habido excepciones, como por ejemplo, la del Profeta Jeremías, comisionado por el mismo Dios a quedarse soltero en función al ministerio especial que le había encomendado, pero no por mandato de hombres o instituciones. Vemos en Mateo 19: 11-12, cómo Jesús declara que esta decisión de permanecer célibe o virgen es hecha de manera personal bajo un llamado especial.

Desde el tiempo de mi conversión oraba al Señor para que me proveyera de un buen esposo cristiano el cual fuera mi amigo y protector en esta nueva vida cristiana que emprendía, pues de sobra había experimentado el peligro y dificultades de una mujer soltera.

Razonaba lo siguiente: ahora que realmente pertenezco a la familia de Dios y soy “Su hija” y sigue en mí el deseo y necesidad de tener un esposo, y la Biblia me enseña que esto es normal y conveniente, El Señor es Poderoso para proveerme uno o si no, quitaría de mí este deseo, pues es Padre y nos ama y no desea torturarnos así como así, sino como dice Romanos 8:28, “y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...”

Y realmente iba a necesitar la ayuda de un Dios Todopoderoso para satisfacer este deseo de mi corazón y esta necesidad en mi vida. La vida de una mujer soltera ni es segura, ni fácil, especialmente cuando esta mujer reúne casi todas las condiciones para ser rechazada. Me explico:

Lejos de la familia, en un país extranjero, sin la protección de una iglesia o alguna organización misionera. Sin dinero ni propiedades, con lo que vivía y tenía era de pura caridad conseguido para mis niños, con la responsabilidad de ¡once pequeños! Un carácter fuerte, una manera de hablar como de ametralladora, rápida y cortante, pelo rojo y pasando de los cuarenta...¿Quién en buen estado de mente y humor iba a querer ser mi esposo en tales circunstancias? Parecía una causa perdida, una locura, humanamente hablando, (vamos, digo yo).

Pero como nuestro Señor es fiel, Padre amoroso y Dios de imposibles, me mostró una vez más que Él está en control y que todo es posible para el que cree.

Desde cuatro mil millas aparte, Él me proveyó, preparó, y envió “ese hombre” especial que tenía reservado para mí.

Un buen día de enero de 1990 recibí una carta de un desconocido que en el remite del sobre decía llamarse “Fred Zwirner”. La abrí con curiosidad pensando que algún desconocido americano me enviaba un donativo para mis niños. Cuál no sería mi sor-presa al leer leyendo en un chapurreado español, con párrafos en ingles, ni más ni menos,

que había oído hablar de mi a unos misioneros que visitaron Santo Domingo hacía poco y que de vuelta a su país (USA) habían dado un reporte sobre su viaje misionero y que entre otras cosas, habían comentado acerca de nuestro ministerio con los niños y que estaba sola etc. Había visto nuestras fotos y... había sentido un fuerte deseo de escri-

birme. Este hombre era viudo desde hacia cinco años y trabajaba para el gobierno federal en FAA.

No salía de mi asombro y he de confesar que desde el primer momento supe que éste por el cual era el “envió especial” durante tantos años había orado y esperado. Inter-cambiamos algunas cartas, fotos, llamadas telefónicas. El interés y la ilusión iban creciendo, también el amor. Tres meses después fue a visitarme en Santo Domingo ¡Qué expectación y nerviosismo! Recuerdo mis primeras palabras a él cuando nos encontramos en el aeropuerto y me dio un cordial abrazo. Mirándole fijamente a los ojos y sonriendo de oreja a oreja le dije, “Bienvenido a mi vida”, (previamente ensayadas en buen ingles). En aquellos días de mutua compañía

cuando pudimos conversar y tratarnos más de cerca, se confirmó que realmente nos queríamos y que estábamos interesados el uno por el otro.

Otra confirmación más de lo que Dios ya había “arreglado” para nosotros.

Allí me pidió oficialmente en matrimonio el 18 de abril y dimos la noticia a nuestros familiares y amigos que no podían creer que ¡al fin!, sucediera esto realmente. En el mes de junio del mismo año, salí para Estados Unidos y nos reunimos en Portland, Oregón, y dos días después, tuvo lugar nuestra boda en Corvallis, cerca de donde vivía, el 22 de junio de 1990.

¡Qué gozo, que bendición!

Sin poder salir a U.S.A., esperando por mi tarjeta de residente, algunas familias de mis niños fueron a buscar sus hijos, otros internaron en otro orfanato de la capital y sólo pude adoptar y traer legalmente conmigo a dos de ellos, la niña Galit, que había cuidado desde un día de nacida y a Moisés de cuatro meses cuando lo cogí.

Fue muy doloroso separarme del resto, por muchas razones, pero una vez más doy gracias al Señor por el tiempo que nos usó para cuidar de ellos según su providencial propósito.

Ahora, en esta nueva etapa como mujer casada, mi esposa es la manifestación más cercana del amor de Dios, es la defensa protectora, es el guía, el líder espiritual, la expresión de Su amor tierno y misericordioso. A través de esta unión, Él ha hecho posible un cambio tremendo en mi vida llenándola de abundancia de gozo, seguridad y una paz indescriptible.

Es por esta razón que quise incluir esta parte más personal en un testimonio que se supone sea breve.

Quizás alguno de mis lectores pueda encontrar algún consuelo y animo a través de estas líneas escritas no para que fijen su atención en mí, sino en Aquel que “obra en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad...” (Filip. 2:3. ¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuan insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Rom. 11:33)

Sólo en obediencia a la Palabra de Dios en todo su consejo podemos encontrar la Roca, la estabilidad, fortaleza y gozo en nuestro vivir cristiano como reales discípulos de Cristo. No sólo en esta vida pero también en la otra, le alabamos y

alabaremos con sus ángeles y los demás santificados por toda la eternidad. Él es Fiel a sus promesas.

(Jn. 3:16, 5:24) Cierro este testimonio apropiándome en humildad y respeto de la declaración del apóstol Pablo hecha en Romanos 1:16-17:

*“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.*